



## **DISCURSO DE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO 22/23**

Facultad de Derecho, Salón de Actos

28 de septiembre de 2022

Un año más (y muy pronto se cumplirán 30 desde su creación), la Universidad de Huelva abre sus puertas y sus brazos, llena de ilusión y de convencimiento, para comenzar un nuevo curso. Hace doce meses, lo hacíamos aún con la incertidumbre de no saber si la normalidad de la docencia presencial podría sostenerse hasta el final, con la inquietud de asistir quizás a posibles rebrotes de la pandemia y con el temor, en fin, de tener que volver a modalidades de docencia online que no son las que nos caracterizan y que, sin duda, nunca pueden sustituir plenamente la riqueza y fecundidad del contacto estrecho entre las personas. Y, sin embargo, hoy podemos felicitarnos: inauguramos un nuevo curso con la enorme satisfacción de que el anterior pudiera desarrollarse sin incidente alguno y con la certeza de una recuperación plena de la normalidad académica y de nuestros espacios de convivencia.

En estos días se está produciendo ya la acogida de nuestros nuevos estudiantes de grado, posgrado, doctorado y títulos propios: más de 2.000 personas que llegan por primera vez a nuestras aulas guiadas por su vocación, por el ansia de saber y –estoy segura– por un impulso claro dirigido no solo a conquistar su futuro, sino también a mejorar el mundo en el que vivimos. Ellas y ellos compartirán con nosotros, a partir de ahora, unos cuantos años de su vida –sus mejores años– y por eso deben recibir también, en justa reciprocidad, nuestro mayor esfuerzo, nuestra mejor consideración y nuestra total disposición a proporcionarles la mejor formación posible en las titulaciones que han elegido. Junto a ello, habrán de recibir asimismo todo un bagaje de formación complementaria que les permita



enfrentarse con solvencia al contexto laboral en el que se insertarán y con el que puedan desarrollar, al mismo tiempo, sus inquietudes creativas, culturales, deportivas o solidarias. Es decir, ese conjunto de aspiraciones, deseos, esperanzas e inquietudes que componen al fin y al cabo la esencia de la universidad.

De igual forma, hemos recibido ya también a nuestros estudiantes internacionales del primer cuatrimestre, con la dicha de ir recuperando las cifras anteriores al covid-19 y de ver cómo se diversifica cada vez más su procedencia: en estos primeros meses nos acompañarán cerca de 400 estudiantes de 33 países distintos de Europa, Asia, África y América. Ellos, al elegirnos entre tantísimas otras universidades españolas y europeas, son la metáfora de muchas cosas: especialmente, de la calidad de nuestra docencia, pero también, por supuesto, de la hospitalidad con que esta universidad, esta ciudad y esta provincia los reciben y acogen. En términos relativos y según los datos oficiales del SIU, nuestra universidad hace muchos años que está ocupando, con continuidad, los puestos 5º o 6º en el *ranking* español de la recepción de estudiantes Erasmus y el 1º o 2º puesto entre las universidades andaluzas. Sabemos que valoran nuestra universidad y que regresan a sus países de origen con un alto grado de satisfacción, pero no ignoramos que también saben apreciar nuestro clima, nuestra seguridad, nuestra gastronomía, nuestros paisajes y nuestra cercanía humana. Desde Polonia, Francia, Chile, Japón, Namibia o Bután, por poner algún ejemplo real, estos estudiantes internacionales son la demostración palpable de que una universidad totalmente comprometida con su territorio, como es la de Huelva, también puede ser una universidad de su tiempo, volcada hacia el mundo exterior, moderna y cosmopolita, con una presencia creciente en el panorama internacional que, a su vez, repercute directa e indirectamente en el desarrollo de nuestra provincia. Según indica el informe sobre el impacto económico de los estudiantes internacionales en España, elaborado por Grasset y García



Menéndez a partir de datos estadísticos de 2020, cada estudiante internacional produce un beneficio económico promedio para el país de 3.632 euros, generando un efecto multiplicador del 2,27 sobre cada euro invertido. Eso quiere decir que los estudiantes internacionales que cursan sus estudios en la Universidad de Huelva tienen un impacto directo en la ciudad de unos tres millones de euros anuales. Este beneficio inmediato, sumado a la repercusión publicitaria que tienen estos estudiantes y a su contribución a hacer de nosotros una ciudadanía cada vez más tolerante y multicultural, los convierte en una realidad de valor incalculable para Huelva.

Y pronto recibiremos a esa otra parte de nuestro estudiantado que, particularmente, despierta nuestra emoción y nuestra convicción de que la universidad es, entre otras cosas, un instrumento insustituible de intervención social y educativa en todos los ámbitos de la población. Me refiero a los más de 1.000 estudiantes del Aula de la Experiencia. El Aula representa, como todo el mundo sabe, esa hermosa apuesta de nuestra institución por el trabajo con los mayores, el intercambio intergeneracional, la formación y la socialización de esas personas que cada día hacen compatible su mayor edad con un talante joven que se expresa diariamente en su curiosidad, su entusiasmo y su compromiso sin límites. Porque, como afirmó una alumna del Aula en uno de los muchos actos culturales que jalonan el curso, en el fondo y en lo que más importa, cada persona tiene la edad que le da la gana. Durante sus 23 años de existencia, ya han pasado por el Aula más de 10.500 hombres y mujeres que, de camino, nos han ayudado a irradiar aún más la presencia del espíritu universitario en todas las comarcas de nuestra provincia, a través de esa tupida red educativa que hoy forman nuestras 14 sedes municipales. Todo este esfuerzo colectivo se ha visto compensado durante el último curso al obtener el Aula de la Experiencia de la Universidad de Huelva el primer puesto en la evaluación de las aulas andaluzas efectuada por la Consejería con competencias en políticas sociales.



Del Aula de la Experiencia sabe mucho, precisamente, el catedrático de Geografía Humana Jesús Monteagudo López-Menchero, que ha impartido hoy la lección inaugural del curso universitario y que ha sabido unir a su larga y prolífica trayectoria como profesor en nuestros grados, posgrados y doctorados una implicación singular con este otro estudiantado para el que es, desde hace muchos años, uno de sus profesores más apreciados. Yo misma tuve también la fortuna de ser su alumna mientras cursaba la licenciatura de Geografía e Historia y puedo dar fe de su enorme capacidad didáctica, de su rigor en la enseñanza de cada materia y de su extensísimo conocimiento geográfico. Le guardo, por todo ello, el aprecio agradecido que todo estudiante debe albergar hacia el maestro que le supo enseñar con claridad y precisión y que, con su exigencia, le ayudó a perseguir las metas de una formación íntegra y especializada. Muchas gracias, Jesús, por la semilla que sembraste en mí y en muchas otras personas a lo largo del tiempo y por compartir aquí con todos nosotros tu sabiduría en las disciplinas que te son propias y tu sensibilidad ante los problemas de nuestro tiempo. Como decía el filósofo y pedagogo estadounidense John Dewey, “la unidad de todas las ciencias se encuentra en la geografía”, y hoy has dado muestras de ello.

Has abordado con maestría, además, un tema que en la actualidad preocupa a cualquier persona comprometida que observe cómo muchos de nuestros pueblos y comarcas se despueblan y quedan, como consecuencia de ese descenso poblacional y de su envejecimiento, excluidos de aquellos servicios vitales que un estado del bienestar debe proporcionar. Qué necesario es romper ese bucle perverso que anula el horizonte vital de nuestros jóvenes y les hace abandonar sus pueblos, afectados por la carencia de empleos, comunicación, dotaciones e infraestructuras. Cuánto compromiso se requiere por parte de todos y de todas, de lo público y de lo privado, para frenar un proceso que, de no interrumpirse, nos llevará, sin duda, a males mayores y a reconocer ciudadanos de primera y de





segunda clase con solo mirar los espacios que habitan. También nuestra universidad refuerza cada vez más su compromiso con los problemas de la Huelva vaciada. Ayudada por la financiación que nos proporciona la Diputación Provincial a través de la Cátedra de la Provincia, estamos poniendo en marcha una batería de cursos que, en la línea del *reskilling*, puedan mejorar la formación y las capacidades de emprendimiento de las personas que aún continúan en esos pueblos del Andévalo o la Sierra cada vez más despoblados. Y, apoyados en la financiación del Ministerio de Universidades y el Ministerio para la Transición Ecológica y el Reto Demográfico, hemos lanzado una primera edición del programa Campus Rural, que ha permitido llevar a nuestro estudiantado a hacer sus prácticas extracurriculares a 12 municipios de nuestra provincia. Podríamos afirmar, por todo esto, parafraseando a Terencio, que ninguno de los graves problemas de nuestra provincia y del mundo que nos rodea nos es ajeno.

De hecho, también el ecosistema universitario se ve hoy día gravemente afectado por estos fenómenos de matriz demográfica. Los estudios prospectivos realizados por la Unión Europea señalan que, en un plazo de 10 a 20 años, las universidades europeas perderán entre un 20 y un 30% de sus estudiantes convencionales, es decir, de los comprendidos en el grupo de entre 18 y 25 años. La Universidad de Huelva, como el resto de universidades españolas y europeas, percibe ya los síntomas de este descenso anunciado, que, en nuestro caso, se ve agravado por otras circunstancias estructurales: nuestra institución se encuentra ubicada en la provincia menos poblada de toda Andalucía, con una densidad de 51 habitantes por km<sup>2</sup>, casi la mitad de la media andaluza (situada en 97 hab./km<sup>2</sup>), y, como todos los presentes sabemos, nuestro desarrollo está gravemente constreñido por la falta de unas infraestructuras modernas y sostenibles que faciliten el movimiento de la población, especialmente necesario en un ámbito periférico. Ambas circunstancias, como podrá entenderse, dificultan enormemente el



crecimiento potencial de nuestra universidad y desencadenan una serie de males derivados, como, por ejemplo, la fuga de una buena parte de los jóvenes de esta provincia a otras universidades con las que existe una más fácil y rápida conexión.

Durante los próximos años, una situación de este calibre nos obligará a reinventarnos y a sumar, a los modelos de una universidad napoleónica –que forma profesionales y especialistas técnicos– y una universidad humboldtiana –que enseña e investiga para generar nuevo conocimiento–, un tercer modelo de universidad basada en el *lifelong learning* o aprendizaje a lo largo de toda la vida. Debemos prepararnos ya para este nuevo reto que nos convertirá en una utilísima herramienta para actualizar permanentemente la formación de nuestros egresados y egresadas y para hacer posible el reciclaje de la población activa hacia los nuevos empleos que la digitalización y la reindustrialización generarán en un futuro próximo. No hay foro europeo en el que hoy no se hable de la formación permanente, de los títulos propios, de las competencias blandas o de las micro credenciales, como un futuro para la universidad que se hace presente ya, y en el que animo a participar a toda la comunidad universitaria.

Del mismo modo, no hay foro internacional donde no se le adjudique a la universidad un papel trascendente en la creación de una ciudadanía libre, formada en los principios y valores democráticos, que se enfrente al mundo con madurez y capacidad crítica y que haga de la defensa de los derechos humanos, ahora fructificados bajo la forma de los ODS y la agenda 2030, un frente irrenunciable. A las misiones tradicionales e inmarcesibles de la universidad se le añaden, así pues, retos ilusionantes en el terreno de la inclusión, la igualdad, la equidad, el multiculturalismo, la justicia territorial o la defensa de las libertades. El profesor Harry R. Lewis, que ocupó el decanato del *Harvard College*, escribió en 2006 un libro que tituló *Excelencia sin alma. Cómo una gran universidad olvidó la*



*educación*. En él expresaba su sensación de que su universidad, una entidad prestigiosísima y magníficamente posicionada en todos los *rankings*, sobrada de premios y reconocimientos, había descuidado, sin embargo, el retorno a lo humano, la educación en valores y el compromiso con una ciudadanía democrática. Lewis apelaba, así, a la reinención y redefinición de las instituciones universitarias para que estas no fueran solo realidades docentes e investigadoras, sino potentes palancas para conseguir una auténtica transformación de la sociedad en un sentido ético y humanísticamente justo.

También a esto se refería la catedrática de Ética Adela Cortina cuando hace un par de semanas, durante la inauguración de un curso de la CRUE que tuve el honor de dirigir en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, hablaba de que la Universidad no debía ser “útil”, en la acepción económica y productiva del término, sino “fecunda”, en el sentido de ser capaz de estimular el afloramiento de la libertad, la justicia, la igualdad y el pensamiento crítico, y que debía contribuir a la erradicación de la mediocridad –esa gran enemiga del espíritu democrático– y hacer brillar los talentos y los sentimientos. Porque la universidad ha apelado tradicionalmente a la brillantez de la inteligencia aplicada y a menudo ha descuidado ese otro tipo de inteligencia, de raíz emocional, que está en la base de nuestra percepción del mundo, de nuestra definición como personas y de nuestra convivencia como sociedad.

Para alcanzar todos estos objetivos necesitamos, ante todo, voluntad y convicción, pero también marcos normativos que, lejos de constreñir y dificultar nuestro trabajo, nos permitan realizarlo con comodidad, autonomía e independencia. También, por supuesto, una financiación adecuada, que, gestionada con eficiencia, honestidad y transparencia, nos permita multiplicar el impacto de todo lo que ya hacemos y de lo mucho que podríamos hacer.

De todo esto que menciono sabe sobradamente nuestro nuevo Consejero de Universidad, Investigación e Innovación, a quien quiero



dar la bienvenida a esta casa y agradecer su presencia entre nosotros en este solemne acto. Él conoce, por su “fecunda” experiencia en el rectorado de la Universidad de Córdoba y en la presidencia de la CRUE, las muchas tensiones que hoy generan en el mundo universitario la Ley de la Ciencia, la LOSU, las leyes relativas a la reforma laboral o el estatuto del becario, por poner algunos ejemplos. Documentos legales no siempre consensuados del todo con los agentes universitarios y que generan inquietud y zozobra en nuestras comunidades. Querido Consejero, amigo José Carlos, no puedo aquí sino expresar mi satisfacción –que es la de todos los rectores y rectoras andaluzas– por tu nombramiento, por la feliz idea del Gobierno Andaluz de crear una Consejería específica para las universidades y por el acierto de ponerte al frente de ella. No tengo la menor duda de que tu ADN universitario, tu experiencia y tu profundo compromiso con todas las universidades andaluzas nos ayudarán a transitar por todos estos cambios que se avecinan, no solo con eficacia, sino en un clima de trabajo cordial, dialogante y sensato, porque la cordialidad, el diálogo y la sensatez son cualidades que siempre te han caracterizado.

Tú conoces perfectamente los problemas de la Universidad de Huelva y, lo que es más importante, has podido conocer en los últimos años el ingente trabajo que se ha hecho en esta institución para dejar atrás las deudas y los compromisos incumplidos, así como los esfuerzos que se han destinado a aprovechar cada euro y obtenerle el mayor rendimiento. En el curso pasado efectuamos una profunda reforma de nuestro Plan de Ordenación Docente, dirigida a incrementar las posibilidades del Capítulo 1 presupuestario, y, en este momento, viéndonos muy afectados por la inflación y el encarecimiento, sobre todo de los suministros energéticos, trabajamos para la puesta en marcha de un Plan de Ahorro Energético que nos permita afrontar la gravosa subida de nuestra facturación.





La Universidad de Huelva no quiere quedarse atrás (ahora que tanto se dice en todos los ámbitos que nadie se debe quedar atrás) de todos estos retos que nos anticipan el futuro, pero también es consciente de que aún debe ponerse al día en aquellas cuestiones en las que presenta deficiencias. Necesitamos, Consejero, de manera urgente, que se nos dé la oportunidad de implantar nuevas titulaciones que nos hagan ser cada vez más competitivos y más fructíferos para nuestro entorno. No hablamos de titulaciones a bajo coste como las que se nos impusieron en el pasado (que, con el tiempo, lejos de hacernos mejores, se convierten en una hipoteca gravosa), sino de titulaciones bien diseñadas y financiadas, coherentes con las necesidades de la sociedad actual y con las exigencias de un nuevo tiempo. Consejero, la Universidad de Huelva, la sociedad onubense, quieren poder implantar la titulación de Medicina, al igual que han hecho ya en este curso otras universidades de nuestra misma historia y tamaño, pero requerimos de la ayuda económica de la Junta.

Necesitamos, por otro lado, disponer de la holgura económica imprescindible para mejorar en la retención y la captación del talento investigador que muy frecuentemente escapa de nuestro horizonte, atraído por los cuantiosos incentivos de otras universidades o por una mayor expectativa de estabilización en ellas. Esta, precisamente, es también una de nuestras mayores debilidades. Con los nuevos marcos que anuncian limitar legalmente la temporalidad a un 8% de la plantilla es urgente contar con la suficiente dotación económica para que la nuestra, sobrecargada de Profesorado Asociado y Profesorado Sustituto Interino, sea realmente una plantilla digna en la que la entrada del talento y el relevo generacional se produzcan a través de la figura del Profesorado Ayudante Doctor. Y necesitamos, finalmente, poder proceder también al incremento, promoción y estabilización de nuestro Personal de Administración y Servicios.



Creo sinceramente que todo lo que requiero en nombre de mi comunidad es sensato y que una sensatez similar es la que debe imponerse en la reforma profunda del Modelo de Financiación que la Consejería se ha comprometido a emprender. Desde luego, no puedo sino pensar que, cuando se hable de suficiencia financiera, se definirá el adjetivo “suficiente” para la Universidad de Huelva con los mismos criterios que ya se contemplan en otras universidades andaluzas. O, dicho de otro modo, nuestra “suficiencia financiera” no puede entenderse solo como seguir pagándonos la escasez, la precariedad y la falta de un horizonte de crecimiento y desarrollo. Si con una continuada deficiencia de financiación y arrastrando deudas y precariedades, hemos hecho todo lo que hemos hecho en los últimos 30 años, ¿qué no podremos realizar y a qué cotas no podríamos llegar con un soporte financiero suficiente y digno, que nos permitiera encarar el futuro sin tantas incertidumbres?

Sr. Consejero, dignísimas autoridades, miembros de la comunidad universitaria, señoras y señores, en este curso que solemnemente hoy comienza la Universidad de Huelva cumplirá, como referí al principio de mi intervención, treinta años de vida y trabajo. Tres décadas es poco y es mucho al mismo tiempo. Es poco en cuanto a recorrido institucional, porque se incardina en un contexto en el que hay universidades cuya trayectoria se mide por siglos y donde la propia existencia de la universidad europea se va lentamente aproximando a su primer milenio. Pero es mucho para la vida de una persona y mucho también para un ámbito social (el de la provincia de Huelva) que ha confiado en nosotros como motor de su desarrollo y al que hemos transferido en cinco sexenios (permítanme que hable con esta nomenclatura) nuestro mejor esfuerzo en la búsqueda de un bienestar social compartido, nuestra más excelente investigación científica y humanística y nuestra más actualizada labor formativa sobre varias generaciones de profesionales. Refiriéndome a quienes ya estábamos aquí en 1993, y aun bastantes años antes, bien podemos decir como Pablo Neruda que, “nosotros, los de



entonces, ya no somos los mismos". Pero seguimos manteniendo intacta nuestra vocación y nuestro profundo compromiso con el sistema público de enseñanza y, como entonces, trabajamos por seguir haciendo de nuestra universidad, de la Universidad de Huelva, un elemento imprescindible del progreso equitativo y un eje vertebrador de la cohesión social. Treinta años después, como decía Antonio Machado, seguimos buscando la verdad, sea la que sea y esté donde esté, y no nuestras verdades parciales y particulares. Esa difícil búsqueda de la verdad, esa compleja y vieja aspiración de todo ser humano, nos hará libres por supuesto, y, de camino, nos convertirá en personas más sabias, más justas, más democráticas. Y ese objetivo es irrenunciable.

Muchas gracias.

